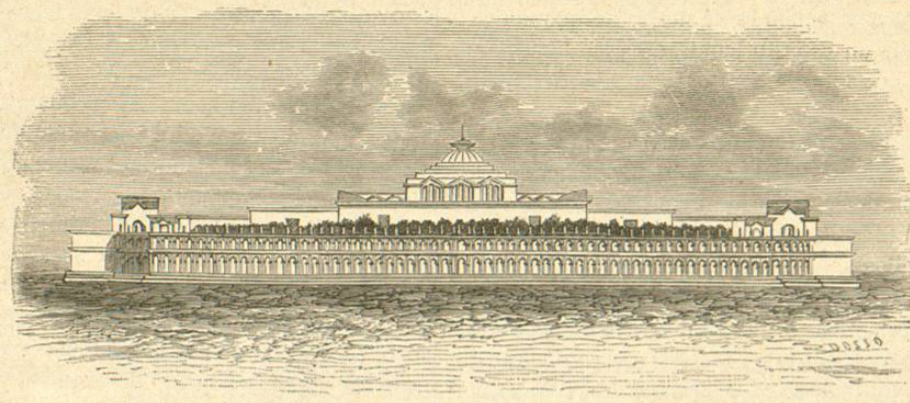


Carres, recibió allí la muerte de mano de uno de sus hombres, cuyos apetitos había excitado. Era un soldado descontento de que no se le hubiera nombrado centurión (8 de abril 217). Tenía apenas veintinueve años de edad.

Los romanos tenían divinidades que llamaban las Terribles, *Diræ*, potestades vengativas que existen siempre para los príncipes, porque siempre sigue la expiación á las grandes faltas y acaba por alcanzar á los que las cometieron ó á su posteridad.

Julia Domna estaba entonces en Antioquía. Hasta la última hora de Caracalla había poseído el poder supremo; pero también había tenido las supremas angustias: durante un cuarto de siglo, el mundo romano á sus pies, después muerto su esposo, uno de sus hijos asesinado en sus brazos



Termas de Caracalla (Restauración por Blouet. Escuela de Bellas Artes)

ta, que se desarrollaba en un perímetro de 4.750 pies, formaba un recinto en cuyo espacio se extendían magníficos jardines plantados de árboles, césped y flores, con un estadio reservado para los juegos gimnásticos, que la higiene prescribía después del baño. Las termas mismas comprendían un teatro, salas de declamación y de estudio, patios con pórticos para el paseo, museos, bibliotecas, etc.; en fin un inmenso receptáculo rodeado de mil seiscientas pilas de mármol esculpido donde podían bañarse á la vez tres mil personas. En el centro de esta construcción colosal se alzaba la *cella Soliaris*, cubierta con una bóveda abocinada, que era la desesperación de los arquitectos de la época y es hoy el asombro de los nuestros. Por todas partes los mármoles más raros, los mosaicos más bellos y las obras maestras del arte.

Se ha sacado de allí el Hércules de Glicón, la Flora y el grupo magnífico de Dirce, conocido con la denominación de *Toro Farnesio*. Una sola columna de estas termas pareció suficiente para adornar la plaza de la *Santa Trinità* en Florencia, y el museo de Nápoles está lleno de esculturas tomadas de estas ruinas, último y supremo esfuerzo del arte romano. Esparciano afirma que la calle que conducía á las termas de Caracalla, construída también por este príncipe, era la más hermosa de Roma.

En Siria había continuado los trabajos de su padre; en Baalbeck, el gran vestibulo y el *temenos* del templo de Júpiter fueron construídos á sus expensas.

Estas obras de arte no salvarán su memoria: apenas había reinado seis años y tan corto tiempo le había bastado

(1) Según Herodiano (IV, 13) Julia se dió la muerte por desesperación ó por obedecer una orden secreta.

(2) No tuvo tiempo de acabar estas termas; la columnata exterior fué construída por Heliofábalos y terminada por Alejandro Severo (Lampridio, *Heliof.* 17, y *Alex.* 25). Sobre las termas de los romanos hemos hablado en otro lugar.

y he aquí que el otro caía también á manos de un asesino arrastrando en su caída la fortuna de su casa.

Demasiado altiva para resignarse á la condición de súbdita de un aventurero que los suyos habían sacado de la nada y para venir á ser, después de tanta grandeza, objeto de la piedad pública, se resolvió á salir de inquietud como un estoico de los antiguos tiempos. Fuera de esto, la emperatriz padecía una enfermedad acaso incurable; y como la muerte se le acercaba, ella salió á recibirla, por decirlo así, dejándose morir de hambre (1).

Caracalla había construído en Roma un pórtico en que estaban grabadas las hazañas de su padre, y unas termas que son, después del Coliseo, las mayores ruinas de Roma y de las más considerables del mundo (2). Una columna-

para hacer males irreparables. Con Cómodo, Pertinax y Juliano, la soldadesca había sido hartamente insolente. Con Caracalla tomó verdadera posesión del imperio. Acostumbrada á las complacencias del príncipe, querrá hacer que dure un régimen que le es tan provechoso y para su logro elegirá emperadores ineptos para cambiarlos.

## II. — MACRINO (12 abril 217 — 8 junio 218).

HELIOGÁBALO (8 junio 218 — 11 marzo 222).

Macrino (*Marcus Opellius Macrinus*) era africano como Severo y originario de Cesarea, el Cherchel de nuestra colonia argelina. Sus comienzos hubieron de ser ínfimos; pues se decía que había sido esclavo y gladiador. De cierto sabemos que fué administrador de los bienes de Plauciano y que por poco no perece con él. Severo recogió al hombre de confianza de Plauciano, y lo hizo maestro de postas de la vía Flaminia. Olvidando Caracalla quién había sido su primer protector, lo nombró abogado del fisco y más tarde prefecto del pretorio. Era un hombre afable y probo, sin talento ni ambición, que jamás habría pensado siquiera en el imperio, si una carta que lo denunciaba no hubiera caído en sus manos. Para librarse de una muerte cierta hizo matar al príncipe, y habiendo perecido en su empeño el asesino á manos de los guardias, se ignoró al principio su complicidad en el asesinato (3). Macrino afectó un sentimiento que le granjeó la buena voluntad de los soldados, y á los cuatro días fué proclamado emperador, no siendo más que simple caballero (4). Como se ve, todo se reba-

(3) Capitolino le es muy contrario; pero Dion su contemporáneo habla muy bien de él por odio á Caracalla (LXXVIII, 40). También Herodiano celebra su severidad (V, 2.)

(4) Herodiano (V, 1) y Dion (LXXVIII, 14). Había sin embargo recibido las insignias consulares (Dion, *ibid.* 13), lo que le valió el título de *Clarísimo* (Or. Henzen, 5512) Cf. Lampridio, *Alex.* 21.

jaba, hasta la dignidad imperial. Su hijo Diadumeniano, que tenía entonces nueve años, vino á ser César y Príncipe de la juventud (12 abril 217).

El nuevo emperador no se atrevió á declarar á Caracalla enemigo público. Lleváronse en secreto sus cenizas al sepulcro de los Antoninos, y para que sus imágenes desaparecieran sin ruido, se enviaron por un decreto á la fundición todas las estatuas de plata y de oro. Pero Caracalla recibió los honores divinos, y se le consagraron un templo y pontífices. Con esto, no comprendieron los soldados que su emperador favorito fuera privado de la apoteosis.

Así como el vencedor de Níger había pretendido continuar la dinastía Antonina, quiso Macrino ligarse á la dinastía africana, y tomando el nombre de Severo, dió á Diadumeniano el de Antonino que llevaba su víctima. Era una lisonja á esas muchedumbres que se llevan siempre con palabras y apariencias: la frase es de Horacio.

Por lo demás, Macrino se propuso granjearse á todo el mundo: al senado con sus miramientos, á los soldados á fuerza de dinero, á los pueblos con la supresión de los nuevos impuestos, á la conciencia pública con la amnistía de los desterrados y el castigo de los delatores. Pero todo esto se hacía poco á poco y en ninguna parte se sentía la mano firme del hombre capaz de imponer su voluntad.

El rey de los partos había entrado en la Mesopotamia con un ejército numeroso, y obligado Macrino á conducir á su encuentro tropas sin disciplina y sin ardor belicoso, hubo de sufrir reveses que, sin embargo, no pudo el enemigo llevar á la derrota. Dueños los romanos de las ciudades y de los castillos, donde habían tenido tiempo de acumular provisiones, dejaban la llanura á la caballería enemiga que no podía mantenerse en ella. Los dos príncipes se cansaron luego de una lucha en que ni uno ni otro se empeñaban; fuera de que Macrino tenía tanta prisa como interés en volver á Roma. Con esto habló humildemente, entregó los prisioneros y quince millones de dracmas, y Artabán se dió por satisfecho.

Se humilló también con los armenios; devolvió á Tirídates su madre, que Caracalla había retenido cautiva, las tierras que su padre había poseído en Capadocia y probablemente una pensión, mediante lo cual consintió el armenio en recibir la corona de oro que Macrino le envió en señal de su soberanía feudal. En cuanto á la Dacia, restituyó también sus rehenes á los bárbaros. En tiempo de Caracalla, conservaba á lo menos el imperio enfrente del enemigo, la altiva actitud que Severo le había dado.

No por eso se celebraron menos las victorias de las armas romanas. Las monedas eran como el diario oficial de la época y tan poco verídicas como ciertos boletines de guerra. En una de ellas que el senado hizo acuñar se leía: *Victoria Parthica*.

Con todo eso, acometió Macrino la obra de estrechar los lazos de la disciplina tan aflojados por Caracalla, y bien que dejando á los antiguos soldados el aumento de paga y las recompensas é inmunidades de servicio que se les habían prodigado, pretendió someter á los reclutas á los reglamentos de Severo y los trató con extrema dureza. Un príncipe victorioso lo hubiera logrado; pero un príncipe medio vencido y medio deshonrado por una paz que había comprado, no tenía autoridad ni fuerza para imponer esta reforma.

La guerra había llamado muchas tropas á Siria y Macrino cometió la imprudencia de conservarlas allí. Estos soldados inactivos, con el ánimo todavía lleno de recuerdos de las grandes expediciones de Severo, se pusieron á computar los provechos que les habían valido las victorias del

padre y las larguezas del hijo, y á establecer, entre lo que era y lo que había sido, esa comparación que los descontentos hacen siempre girar en daño del presente.

Macrino había escrito á los Padres conscriptos que no quería hacer nada sin ellos, es decir que iba á restablecer en el senado el centro del imperio, que el último príncipe había puesto en el ejército. Era menester hacerlo sin decirlo; era menester, sobre todo, enviar á sus guarniciones respectivas las legiones inútiles en el Oriente pacificado, y no pasar la vida en Antioquía viendo danzar á los bailari-



Flora, llamada Flora Farnesio (1)

nes. Muy luego se quejaron en alta voz en los campamentos de la mezquindad del nuevo príncipe, del legista que tenía al soldado bajo la tienda, mientras antes las ciudades les servían de cuarteles. Se hablaba de millones enviados á los partos como de una cosa usurpada á las legiones, y se vino á creer que el asesino del príncipe tan querido de los soldados era Macrino.

Después de la muerte de Julia Domna, Macrino relegó á Emesa á la hermana de esta emperatriz, Mesa con sus dos hijas, Soemias, madre de Avito Basiano tan tristemente célebre con el nombre de Heliofábalos, y Mamea, cuyo hijo nacido en una antigua ciudad cananea, donde se adoraba á la Venus del Líbano, había tomado de un templo de esta ciudad consagrado á Alejandro, el nombre del héroe macedón.

Parece ser que estas sirias, asaz inteligentes y hábiles, habían hecho ventajosos matrimonios tomando esposos que

(1) Estatua colosal encontrada en las Termas de Caracalla.



debían de tener tantas riquezas como años: ello es que ambas á dos eran viudas y riquísimas. Habían también aprovechado su parentesco imperial, y en 217, los descendientes que quedaban del sacerdote Basiano, tres mujeres y dos niños (1), se encontraron reunidos cerca del templo del Sol. Este santuario, en gran veneración en toda Siria, poseía el derecho de asilo y protegía con su inmunidad sus personas y guardaba sus riquezas.

Macrino, usurpador pacato, sin esa audacia que suele hacer prosperar la usurpación, dejó en manos de sus enemigos todo aquel oro, es decir el medio seguro, en tales tiem-

pos, de hacer una revolución. Cometió también otra imprudencia, enviando una legión á acampar á las inmediaciones de aquel tesoro cuyas llaves tenían Mesa y sus hijas, y cerca de una ciudad que debiendo á Caracalla el título y privilegios de colonia itálica, veneraba su memoria y su raza.

Estas tres mujeres sin consejeros, sin apoyo, hubieron de acometer, desde el fondo de su ciudad siria, la grande empresa de derribar á un emperador y lo derribaron.

Habían consagrado al mayor de los hijos al sacerdocio del dios de Emesa, hereditario en la familia de los Basia-



Diadumeniano (Busto del Capitolio) (2)

nos, y hasta lo hicieron circuncidar para ponerlo á la usanza del país, prohibiéndole la carne de puerco. Ellas mismas procuraban hacer impresión en los ánimos y ganarse las voluntades con una devoción afectada ó sincera. Una inscripción da á Mesa el título de *Santísima*; medallas de Soemías la representan en forma de la Venus Celeste, y Mamea, por curiosidad religiosa y precaución política, se había puesto en correspondencia con Orígenes (3). Muchos cristianos y judíos había establecidos en aquella región, y estas relaciones podían atraerlos sin alarmar á los paganos. Entonces como ahora aquellas gentes sensuales é impre-

(1) Soemías tuvo un segundo hijo (Orelli n.º 946 y Boeckh, C. I. G. número 6627).

(2) La coraza y el manto de este busto de mármol son de alabastro (Capitolio, Sala de los Emperadores, núm. 57).

(3) Eusebio, *Hist. eccl.* VI, 21. No hay que ver en este hecho una tendencia al cristianismo, pues todas las monedas de Mamea son paganas.

sionables se dejaban seducir por las apariencias de santidad: en Oriente, el *marabut* que se sirve de la religión para la política es de todos los tiempos. Las tres mujeres hicieron desempeñar este papel al niño en quien vinculaban todos sus afectos y esperanzas.

Vario Avito Basiano, más conocido con el nombre de su dios Heliogábalo, frisaba entonces en los catorce años de edad (4) y tenía esa belleza plástica que los griegos consideraban como un presente de los dioses. Así, cuando vestido con su túnica de púrpura bordada de oro y ceñido con una corona de piedras preciosas, cuyo esplendor formaba al rededor de la frente una aureola luminosa, subía al templo para celebrar los ritos sagrados, la multitud creía ver un niño predestinado.

Los soldados acampados en los afueras de la ciudad

(4) Herodiano V, 3. Lampridio le da tres años más (lo mismo á Alejandro Severo); pero Dion lo representa como un niño aun, *παιδίον* (LXXVIII, 36 y 38) y supone que murió á los 18 años (LXXIX, 20).

iban con frecuencia al famoso santuario, y más aún que los otros admiraban al niño pontífice á quien Severo había mecido en sus rodillas. Poco á poco hubo de correr el rumor de que Heliogábalo tocaba de más cerca al verdadero emperador de los soldados: los sirvientes del palacio de Emesa decían sin reserva que era hijo de Caracalla (1), y el dinero repartido, las promesas hechas, las esperanzas infundidas persuadieron á gentes que tenían interés en dejarse persuadir. Para el éxito de esta intriga, Mesa sacrificaba su oro y Soemías su honor, pero ni la una ni la otra se cuidaban mucho de lo que perdían. El oro de Mesa estaba colocado á crecido interés y Soemías juzgaba que el

do. No era menester tanto para quebrantar la fidelidad de sus soldados, y cuando oyeron á un camarero, (*cubicularius*) del último príncipe, proclamar en nombre del nuevo, que el grado y los bienes del muerto pertenecerían al que llevara al campamento de Emesa la cabeza de un centurión ó de un tribuno; cuando vieron á sus camaradas mostrar, desde lo alto de la muralla, al que llamaban hijo de Caracalla y los sacos de oro de Mesa, mataron á sus oficiales y se unieron los estandartes de una y otra fuerza.

A la primera noticia del prefecto, sólo vió Macrino en esta sedición un tumulto de mujeres á quienes muy pronto reduciría á la impotencia. Pero veis aquí que se le presenta un mensajero de Emesa, diciendo: «Aquí te traigo la cabeza de Heliogábalo.» Y le arrojó á los pies la de Juliano.

La vista de aquel sangriento trofeo que los rebeldes le envían y la audacia de aquel soldado que se aprovecha de la turbación para evadirse, hicieron suceder en el ánimo del príncipe la inquietud á la confianza y recurrió á lo que parecía el gran medio de salvación para con los soldados, el oro. Para tener ocasión de prometer á cada legionario 5000 dracmas, de las cuales mil desde luego, confirió el título de Augusto á su hijo. En la carta en que anunciaba al senado esta elevación prometía á los romanos un congioario de 150 dracmas por individuo; de lo que se deduce que un soldado valía entonces treinta y tres veces más que un miembro del pueblo soberano. También restableció todas las ordenanzas militares de Caracalla.

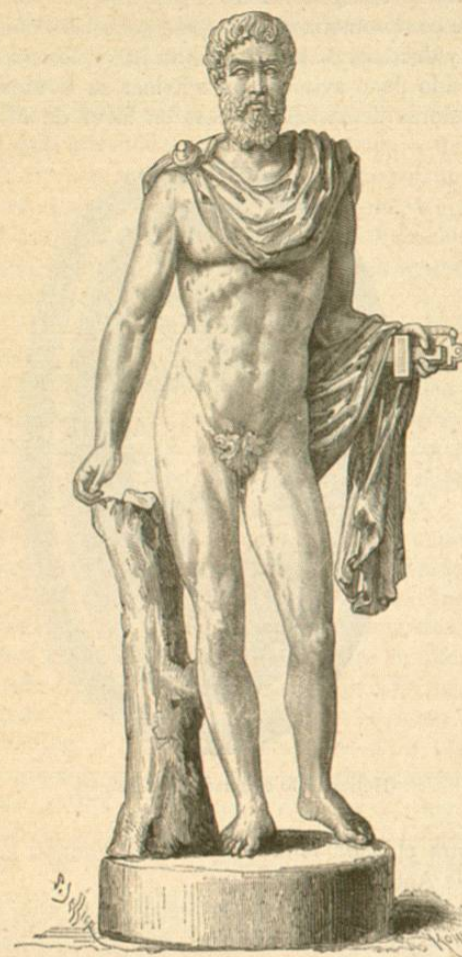
Pero estas larguezas del miedo venían ya á destiempo; todos los días, de todos los puntos de Siria se pasaban al campamento de Emesa multitud de tráfugas, ya aislada, ya colectivamente; la legión de Albano, que acampaba en Apamea, hizo defección en masa y se pasó íntegramente, de modo que el ejército de Heliogábalo vino á ser bastante fuerte para salir en son de guerra contra el de Macrino.

Ocurrió el encuentro en los confines de Siria y de Fenicia: el eunuco de Mamea, llamado Gannis, que conducía el ejército del joven César, resultó por fortuna un hábil hombre de guerra, y tomó muy buenas disposiciones para el combate; y Mesa, Soemías y Heliogábalo mismo, se lanzaron al campo de batalla para alentar y sostener el ánimo de sus soldados.

Macrino al contrario, espantado por el tumulto y por nuevas defecciones, huyó cobardemente dejando á sus pretorianos el cuidado de sostener la reputación del cuerpo; pero cuando supieron la cobardía de su jefe y la promesa de Heliogábalo de respetar sus grados y honores, depusieron las armas, y el gran sacerdote del Sol quedó por dueño del mundo romano (8 junio 218).

Macrino se hizo preceder á Antioquía por el anuncio de una victoria. Llegado que hubo á esta ciudad, se cortó los cabellos y la barba y á favor de un disfraz tomó la posta imperial con ánimo de ponerse cuanto antes en Bizancio y en Europa. Todo al principio le salió á pedir de boca; y ya había atravesado sin contratiempo el Asia Menor, cuando el exceso de fatiga y la necesidad de dinero lo obligaron á detenerse en una pobre casa de los arrabales de Calcedonia. Un billete que escribió á un agente de las rentas imperiales para procurarse algunos recursos lo descubrió; y detenido, fué entregado á los soldados de Heliogábalo, que le seguían las huellas desde Antioquía. Macrino había encargado á mensajeros fieles que pusieran en salvo á su hijo conduciéndolo entre los partos, sus recientes aliados. Pero unos jinetes alcanzaron al niño antes de pasar el Eufrates y le dieron muerte.

Esta triste nueva llegó á oídos del padre cuando era condecido á merced del vencedor. Entonces se arrojó desde lo



Macrino (Estatua del Vaticano)

manto de emperatriz lo tapaba todo (2). En cuanto á los soldados, no exigían más para dar á un sirio afeminado el imperio de Augusto y de Trajano.

Una noche se trasladó Heliogábalo al campamento de Emesa seguido de unos carros que llevaban en oro el precio del imperio, y al amanecer fué proclamado emperador. Diéronle el nombre de Marco Aurelio Antonino (16 mayo 218); último homenaje á aquellos gloriosos Antoninos cuya fama crecía aún en la distancia y que los poetas del tiempo ponían por encima de los dioses.

Un prefecto del pretorio, Ulpio Juliano, se encontró en las inmediaciones con una tropa de jinetes moros, que suponía á devoción de Macrino su compatriota, y corrió al campamento para forzar las puertas: el ataque mal conducido hubo de fracasar, y el mismo resultado tuvo el segun-

(1) Tomó este título que se encuentra en las inscripciones: *divi Severi nepos, divi Antonini filius*.

(2) Lampridio (*Heliogab.* 2) acusa á Soemías de haber vivido como una cortesana, *meretricis more vixit*.